



## DEFENSA DE UNA GENERACION

Gregorio Peces-Barba Martínez

EL libro de Federico Sopeña se lee pronto y de una sola vez. Su interés al ser su autor testigo de excepción en acontecimientos aún recientes, impide dejar la lectura antes de concluir la última línea. Cuando el lector se adentra en sus páginas da la impresión de que está oyendo hablar al autor; hay una gran inmediatez entre éste y su libro, escrito en un estilo coloquial, casi como al dictado e improvisando. Esa forma, no sé si buscada o espontánea, es, en este caso, adecuada al sentido del libro, autobiográfico, íntimo, muy personal.

Los recuerdos, las valoraciones, las anécdotas se engarzan en torno a un acontecimiento al que se hace referencia al final del libro, pero que está en todo momento presente: la salida de Federico Sopeña, después de muchos años como rector, de la iglesia de la Ciudad Universitaria. Para mí, todo el libro confluye, al explicar la vocación universitaria e intelectual de Sopeña y los acaecimientos en que se vio envuelto por razón de ese talante suyo, en manifestar la «desventura» y no crisis, como él mismo dice, que su apartamiento por Monseñor Morcillo le produjo.

En las últimas páginas del libro dirá explicando su salida y la de los demás sacerdotes que le ayudaban, lo siguiente: «...Una comunidad que hizo de una iglesia cauce para su vida «religiosa», tiene que seguir no ya marginada, sino al aire, casi con ese carácter no herético ni peyorativo de «secta» que estudia Aranguren: dolorosamente al margen, «esperando contra toda esperanza». El padre Sopeña sabe que otros muchos se han apartado también

de aquella iglesia desde su salida, porque tampoco han entendido las razones, si es que ha existido alguna que se pueda declarar. En todo caso, como tantas veces más en la Historia de la Iglesia, se ha descoyuntado una comunidad de vida cristiana auténtica y se ha dificultado la generosa vocación de un hombre entero y de un sacerdote ejemplar. Pero existen razones de esperanza, porque lo que esa comunidad significaba no se puede borrar de la realidad y del futuro de la Iglesia. Lo que esa comunidad significaba y que sigue vivo en el corazón de Federico Sopeña y de otros muchos hombres, ya se está produciendo cada vez en más sitios y cada vez más cristianos se sienten en comunión con esa forma de vivir la fe: el respeto a los demás, la entrega y el compromiso tras la reflexión cristiana por los problemas temporales, la separación de la Iglesia y el Estado como «exigencias dentro del panorama de cristianización del catolicismo», «la tensión en libertad, la solidaridad plena cuando había necesidad de testimonio, el absoluto desinterés económico»...

Recuerda el padre Sopeña en las páginas del libro algunos de los temas de las homilías. Quizá ahí tengamos que buscar las razones profundas de su salida de la Iglesia:

*«Entonces y siempre, cuando era necesario y con razones «religiosas» que permitías y hasta exigían decirlo en homilía, puntualicé ante las algaradas universitarias y luego obreras que el orden público es un indudable bien, pero subordinado al orden jurídico: que la libertad es un bien primariamente «religioso»;*

*que el universitario, por joven y por universitario tenía obligación de responder a la necesidad de reformar el mundo a través de una respuesta a la vocación política y que lo inadmisibles era que, por falta de libertad en la asociación, la vocación política tuviera que ir unida a la clandestinidad y a la conspiración con el tremendo peligro del extremismo creciente y de la guerra civil larvada; que la democracia cristiana de izquierda, que el socialismo de la posguerra no habían sido obstáculos, sino ayuda para el impresionante desarrollo económico de Europa. La doctrina tuvo caracteres de seria protesta, predicando yo en todas las misas como doble signo en el compromiso y en el tono, distinto, de ser dicho por curas jóvenes: la expulsión de catedráticos, entre ellos José Luis Aranguren, constante feligrés de nuestra Iglesia; la negativa a decir una «misa de desagravio» con motivo del explotado incidente del Crucifijo; la dolorida protesta con motivo de la publicación de parte del «diario» de Enrique Ruano, también asiduo de nuestra Iglesia, rotos sus nervios hasta la exasperación precisamente por esa «buscada» unión entre actuación política y clandestinidad; el asombro cuando se proclamó que España se había adelantado a la «Populorum Progressio»; la defensa de los sacerdotes que se manifestaron en Barcelona...»*

Entre los recuerdos de su generación están tantos y tantos nombres de hombres, casi todos vencedores en la guerra civil, pero con generosidad y grandeza de alma para soñar y proyectar un futuro de convivencia de todos los españoles sin ninguna exclusión: Aranguren, Lain, Ruiz-Giménez, Tovar, Vicente Puchol, Maximino Romero de Lema, Pérez Villamesa, Marías, etc. Esta «vocación crucificada» como el propio Sopeña la llama, refiriéndose a uno de estos hombres, ha producido disgustos, sinsabores, alejamientos y en él mismo, también miembro de esa generación y, por tanto, participe en sus ilusiones y esperanzas, desventura y no crisis. Era lógico, porque como diría Peguy, eran miradas hechas para una luz distinta. Desde mi propia andadura de hijo de un vencido de la guerra civil, con tristes recuerdos infantiles por esa causa, creo necesario señalar el valor testimonial de esos vencedores empeñados en superar las heridas y construir una España en libertad y justicia.

No debe dejarnos sabor amargo este entrañable libro de Federico Sopeña. Hombres más jóvenes siguen empeñados en esa difícil tarea de comprensión y de diálogo, y el rastro que marcó la generación de esos hombres, muchos de los cuales siguen inmutables, desde lo que 1971 exige, empeñados en la misma lucha, tiene discípulos y continuadores. Quizá alguna vez sea cierto lo que, ya hace mucho tiempo, dijo don Antonio Machado: «El hoy es malo pero el mañana es nuestro».

G. P.-B. M.